

# Rango de la literatura y de la lengua española

**B**AJO la presidencia de Eduardo Gómez de Baquero, ecuaníme crítico, ponderado ciudadano—no todos somos súbditos—, se asocian los escritores de España, con el objeto de defender su producción. ¡Magnífico! Llegarán, de seguro, a constituir una Sociedad de eficacia tan evidente como la Sociedad de Autores de teatro.

Basta que se agremien o sindiquen, que pongan por obra la leyenda del escudo de armas de Bélgica, para que crezcan, si no en mérito individual, en fuerza colectiva, y se defiendan mejor contra editores, contra libreros, contra el público, contra el anonimato, contra la injusticia, contra la inopia.

Paralela a esta iniciativa de dignificación profesional, dentro de límites digamos caseros, existe otra iniciativa de mayor trascendencia y más amplios horizontes, que debemos preconizar, acalorar, cuantos escribimos en lengua española; pero que cumple poner por obra exclusivamente al Estado español, o al Estado español en asocio de los estados hispano parlantes de América.

Me refiero a una difusión metódica, diplomática, inteligente, de nuestra lengua en el mundo.

¿Tiene la literatura en lengua española—concretémonos a la literatura—una difusión relativa a su importancia? ¿Qué nombres españoles fulguran entre los hombres hoy universales? Lo más triste es que muchos de esos nombres españoles—y americanos—pudieran alzar la cabeza por encima de innúmeras celebridades extranjeras.

Comediógrafos como Benavente—o el americano Florencio Sánchez—, novelistas como Baroja—o el americano Javier de Viana—, pensadores como Ortega y Gasset—o el americano Enrique José Varona—, polígrafos como Unamuno—o el americano Eugenio María de Hostos—, críticos como *Azorín*—o el americano Jesús Semprum—, estilistas como Valle-Inclán—o el americano Manuel Díaz Rodríguez—poetas como Antonio Machado—o el americano Salvador Díaz Mirón—, son desconocidos en Europa.

Algún erudito, en algún país, sabe que existe alguno de ellos. A tal o cual se le traduce tal o cual libro. Eso es todo, y eso es mezquino.

Y la confusión que reina en la valoración de algunos hombres resulta otra forma de desconocimiento, tal vez más ofensiva que el desconocimiento absoluto.

Blasco Ibáñez, cuyo nombre en literatura es Vulgaridad, se hace pasar con el mayor desparpajo, en Francia

y Estados Unidos, como «el primer novelista de España». Antonio de Hoyos hace traducir aquello de Heliogábalo o Sardanápalo, y pone, o permite que se ponga en cubierta: «A. de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent, el primer novelista de España». A Carrillo también se le considera, o se le consideró en París, como el primer escritor de España. Creo que al justamente olvidado Eusebio Blasco, también.

Tenemos, pues, en brevísimo tiempo cuatro primeros prosadores de España, tres de ellos vivos. ¡Y siendo alguno de esos cuatro maestros, no ya escritor de segundo orden, sino de tercero!

¿Sería esto posible si la actual literatura española fuera conocida?

\* \*

No existe pueblo cuyo espíritu literario carezca de fuerza irradiante, fuera de los pueblos de su idioma, al punto de España. Creo que ello se debe, no a deficiencias simpáticas del carácter nacional, sino a que España nunca hizo nada por difundir, inteligentemente, su idioma.

No se arguya que la difusión de una literatura corre siempre parejas con la influencia política internacional del país que la produce. Esa influencia es importante factor, pero no factor exclusivo.

Vale la pena estudiar el caso.

Para que una literatura se difunda por el orbe necesitase antes que potencia política dos cosas: lo primero, que esa literatura exista; es decir, que merezca ser conocida, que pueda despertar la curiosidad intelectual del extranjero; lo segundo, que la lengua en que esa literatura se ha producido no sea un arcano, sino un vehículo de fácil acceso, y por su misma difusión, de evidente utilidad.

La potencia política y la lengua favorable pueden coincidir, sin que exista la influencia literaria: es el caso de los Estados Unidos. Fuera de unos pocos nombres de primer orden—Poe, Emerson, Longfellow, Whitman, etcétera—, esa literatura no existe. ¿Quién la conoce? ¿Quién la aprecia? No influye ni en las islas Hawai.

Pueden coincidir la potencia política y la literaria y faltar la lengua propicia: es el caso de Rusia. En cuanto los rusos, por obra de la alianza con

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.*

Francia, y como prueba de buena camaradería, fueron traducidos en idioma de tan vigorosa fuerza difusiva como el francés, nos maravillamos de aquel Dostoiewsky, de aquel Tolstoy, de aquel Andreiew, de toda la formidable novela rusa y del espíritu místico, alucinado, trágico, de aquella Moscovia potente y desconcertante.

Puede carecerse de influencia política y de lengua, y poseer, en cambio, la materia prima, la literatura; es el caso de los pequeños países escandinavos. Basta que un idioma difusivo le preste sus alas al espíritu encadenado, para que ese espíritu, rotas las argollas de hierro, vuele por todos los cielos. El idioma alemán le ha prestado sus alas al espíritu escandinavo. En alas alemanas se levantan los Björson y los Jacobsen. Y, gracias al idioma alemán, sabemos que los pequeños países escandinavos poseen el primer dramaturgo contemporáneo: Ibsen; uno de los más raros espíritus: Strindberg; uno de los mejores críticos: Brandés; uno de los más ilustres novelistas: Hamsum. Y todos estos nombres—y aun algunos menores, como el de Selma Lagerloff—son populares, no ya entre la *élite* intelectual del mundo, sino entre todas las personas que en el mundo leen.

Con otros pueblos de lengua inaccesible y de escasa influencia internacional ocurre algo semejante. Hasta un mediocre novelador como aquel Sienkewick polaco se impone cuando un editor rico le lanza a bombo y platillo en lengua inglesa. Al mismo Blasco Ibáñez—repetición del caso de Sienkewick—le han saboreado en inglés millones de lectores. A Rabindranath Tagore, ¿quién lo apreció hasta que el gran poeta bengalí anduvo en inglés?

¿En cuál de estos grupos podremos vincular a España y a los países hispánicos de América?

Su puesto parece estar entre los pueblos de escasa influencia internacional y de lengua poco difundida que atesoran, por el contrario, un rico acervo de literatura. ¿Nos resignaremos a escribir en lenguas extrañas o a mendigar el apoyo de extranjeros idiomas?

La influencia internacional—relativa, pero evidente—pueden adquirirla nuestros pueblos como por golpe de varilla mágica: desde el punto y hora en que se resuelvan a constituir, para efectos internacionales una Federación de estados soberanos e independientes, un bloque político imponente. Pero no es la ocasión de tratar de ese extremo, sino de pensar en el otro, más accesible y para el caso tal vez más eficaz: el de la difusión, con método y diplomacia, de nuestra maravillosa lengua.

R. BLANCO-FOMBONA